



EN NUESTRO IMPERIO NO



España fue grande en Lepanto, en San Quintín, en el concilio de Trento y en la olimpiada de Amberes. Y pare usted de contar. Un soldado del Tercio de Flandes montado en fino alazán y el señor Samitier con los calzones hasta la rodilla chutando a gol son dos cromos de la España perenne que nunca van a morir en la memoria de cualquier colegial. Pero los tiempos han cambiado. Y la cosa se ha sumido en una decadencia gris que no han logrado levantar ni alguna victoria en algún barranco de África, ni el gol de Zarra, ni el cabezazo de Marcelino. Hubo un siglo que en nuestro imperio no se ponía el sol: desde aquí se repartían frailes y guerreros por todo el mundo, se expendían bautis-

FUTBOL

mos y ordenanzas como quien lava. Hubo también un tiempo, cuando nuestros futbolistas bebían vino de Cebreros o se arreaban una botella del Priorato antes del partido, o se comían tres bocadillos de chorizo en el descanso, que nuestro balón de cuero se cotizaba en los campos de batalla. Aquellos jugadores con cara de mala uva, con el pañuelo anudado en el cogote, con los calzones en la tibia, con las pantorr-



NOVEDADES EN EL "SANTIAGO BERNABEU"

Para aliviar la crisis del Real Madrid, para desviar las injustas protestas de esos millares de socios que —sólo porque pagan y mantienen el equipo— piden la dimisión de don Santiago. Para evitarle a éste el bochorno de tener que continuar en la presidencia, a despecho de esos millares de personas que se gastan sus pesetas en el mantenimiento del club, se prevén novedades maravillosas en el estadio «Santiago Bernabéu».

Se instalará en cada espectador una luz. Estas luces se encenderán y apagará con acompañamiento de sonidos electrónicos —a la manera de las máquinas «gyger» de los bares— siguiendo las correrías del balón. Así, cuando Netzer pase a Aguilar y Aguilar pierda la pelota, la luz saltará de un espectador a otro iluminando sus caras con luces verdes, rojas y amarillas. Si el árbitro se equivoca a favor de los de casa, sonará un campanillazo. Si se equivoca a favor de los de fuera, caerán martillos pilones sobre las testas de los liniers. Cuando Amancio correteé por el césped, haciendo virguerías en el

regate, la luz enloquecerá e irá de nariz en nariz, recorriendo el estadio por todas las caras de todos los socios que en ese momento estén pidiendo la dimisión de don Santiago. Sobre las fauces de estos mismos socios se iluminarán unas barajas como de Heracleo Fournier, cuando el equipo visitante marque su primer gol. Si dicho gol se produjo con las luces verdes encendidas subirán a los ojos de los enfurecidos espectadores unos números que girarán enloquecidamente, al tiempo que se apagará las luces del público de tribuna y se iluminarán de rojo las gradas de fondo sur. Mientras, el palco presidencial se convertirá en un carrusel de luces amarillas. Si llegaran a encenderse todas las luces de todas las cabezas, gargantas, nariz y oídos se obtendría una segunda partida gratis. Con estas novedades el estadio eliminará el riesgo de quedarse vacío. Y —¿quién sabe!...— a lo mejor don Santiago decide quedarse en Santa Pola y no volver a decir cosas tan «divertidas» a la prensa.

